

REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA

# phase

¿Hacia dónde camina  
la liturgia?

**348**

noviembre / diciembre 2018 (año 58)

## ASPECTOS A CUIDAR DE LA LITURGIA

Josep Maria ROMAGUERA BACH  
(Barcelona)

La reflexión sobre la situación litúrgica actual para que la liturgia responda a lo que necesita la comunidad cristiana del siglo XXI, me sugiere las presentes líneas, donde no expongo los aspectos que considero importantes por orden de importancia, entre otras razones porque los diversos aspectos se entrelazan unos con otros.

Para que la liturgia no pierda su ser es muy importante que sea vivida como don. Y para ello tenemos mucho trabajo educativo que hacer. Al mismo tiempo, es muy importante que la celebración litúrgica sea una experiencia de implicación personal (y comunitaria) en la acción de Dios que, por su propia iniciativa, visita a su pueblo y a cada uno de sus miembros.

De ahí que tenemos dos retos vinculados entre sí. Uno es que tenemos que seguir trabajando en la educación del pueblo de Dios (pastores y fieles) sobre la dimensión de la gratuidad de la fe. La gracia. Ayudar a descubrir que la dimensión de don recibido es intrínseca a la liturgia como sacramento que es de la fe. El otro reto, unido al primero, es que hay que avanzar en el concepto de participación de todo el pueblo de Dios en la acción litúrgica y en la puesta en práctica de esa participación. Porque la gratuidad no

Josep Maria Romaguera Bach, presbítero, presidente del Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona.

significa pasividad. Y la participación activa no equivale a ejercicio de ministerio alguno. Pienso que ninguno de los dos aspectos está suficientemente asumido en el conjunto del cuerpo eclesial (pastores y fieles). Y que hay que trabajar ambos aspectos a la vez para que, como desea el Concilio, la participación sea plena, consciente y activa.

Otra dimensión de la liturgia (de nuestro rito romano) que hay que cuidar es cómo se concreta y actualiza la celebración de acuerdo al contexto cultural en el que se produce. Lo mismo se participa en una celebración en Roma como en Quito o Lilongwe o Seúl, por citar solo cuatro lugares, culturalmente bien diferentes, de entre una multitud de pueblos y naciones. El rito es el mismo. Eso nos ayuda a identificar que celebramos la misma fe cuando nos reunimos en comunidad en un lugar que no es el nuestro habitual, como ha sido mi experiencia en estos cuatro lugares concretos. Sin embargo, es importante que en cada lugar se pueda experimentar que, precisamente, estamos en una Iglesia local en la que se celebra la misma fe que en otras, pero con las peculiaridades que cada cultura aporta al rito y a su expresión. En este sentido, los obispos de cada lugar, en comunión con el obispo de Roma y teniendo los medios convenientes para concretar esta comunión, deberían tener en sus manos la responsabilidad no solo de la versión de los textos litúrgicos –como ahora se está promoviendo– sino del conjunto de la liturgia.

Otra dimensión a cuidar es que la liturgia sea viva. Lo será en la medida en que esté al servicio de aquel que vive, Jesucristo muerto y resucitado, que se hace presente en medio de su pueblo a través de los signos, a través de la presidencia de la celebración, de la proclamación de la Palabra y del Pueblo reunido en su nombre. Esta es una cuestión nuclear, sin la cual la liturgia pierde todo sentido. La centralidad de Jesucristo en la acción litúrgica, entonces, es algo a cuidar a lo largo de toda la celebración.

Y, a la vez, hay que tener en cuenta que Jesucristo se hace presente para que el pueblo tenga vida. Por ello en toda celebración tiene que ponerse de manifiesto la acción del pueblo de Dios reunido en oración, que invoca el amor misericordioso de su Señor, que se abre a escucharlo y a recibirlo. Y que desea salir de la celebración con la

fuerza necesaria para hacer frente gozosamente, en seguimiento de Cristo, a las vicisitudes de la vida.

Ese encuentro entre el resucitado y su pueblo es el que hace que la celebración sea viva. Lo cual nos reta a hacer todo lo que corresponda para que se experimente que ese encuentro se da. Que Cristo no quede oculto detrás de nada ni de nadie, sino que pueda manifestarse a través de todo y de todos. Y que lo que vive el pueblo en su día a día –gozos y esperanzas, tristezas y angustias– tenga eco en ese espacio-tiempo celebrativo para que la liturgia sea experimentada, verdaderamente, como fuente y cumbre de la vida cristiana, de la vida en Cristo. Y así la liturgia, como quiere el Señor, sea un culto en espíritu y en verdad.

Finalmente, otro aspecto que considero importante es la integración de todas las dimensiones de la vida eclesial. La liturgia, la catequesis, la atención a las personas enfermas, la acogida de quienes se acercan a la Iglesia pidiendo ayuda, etc., son acciones de una misma Iglesia. Por más que sean acciones llevadas a cabo por personas diferentes según carismas personales y según las llamadas particulares que se les han hecho a ejercer una determinada tarea, se trata de una misma vida eclesial. No es una iglesia la que celebra la Eucaristía y otra la que atiende a las personas necesitadas. No son iglesias distintas aquella de los que se entregan al servicio de los enfermos y la de quienes emprenden la tarea de la catequesis de los más pequeños. Demasiadas veces la liturgia, precisamente, es percibida por muchos como algo que pertenece al clero y que no tiene nada que ver con otras dimensiones de la vida eclesial. Para ello, el trabajo pastoral del día a día de las comunidades debe ser siempre un trabajo al servicio de la comunión, y que conduzca una vida cristiana fraterna y a la celebración de esta comunión en el encuentro dominical, en el que todos los agentes pastorales y todos los fieles encuentren a su Señor que acoge, ilumina y fortalece todo aquello que viven y los compromisos que asumen. Y perciban que la celebración litúrgica es sacramento, también, del mandato de su Señor, que a todos nos indica donde está la puerta para que salgamos a los caminos y a los cruces e invitemos a quienes andan por ahí, y sin descartar a nadie, a la fiesta del cielo que experimentamos anticipadamente en la Eucaristía dominical.